

## NOTAS

---

JUAN AGUSTIN GARCIA

*Vir fortis et bonus*

La tardía noticia de su fallecimiento me ha producido un dolor agudo al corazón.

Y así bajo la presión del instante angustioso, escribo estas humildes impresiones, grávidas de emoción, desprovistas por tanto de esas traídas palabras con las cuales es común hacer resonar, en ciertos momentos de exaltación sentimental, la partida hacia los grandes misterios de aquellos a quienes atribuimos méritos como para imponerlos a la supervivencia en el frágil recuerdo de las gentes.

¡Cuán penosamente se consigue arrancar del corazón para trazarlas con la pluma, las frases que antes, en su gestación impetuosa, asomaron como lágrimas quemantes a los ojos!

Para hablar de este espíritu delicado, de esta alma selecta y apacible, de este hombre sensitivo y artista hecho de bondad y desinterés, he debido abstraerme religiosamente. He pensado mucho en Dios y en los hombres, y mis ideas parecieran congregarse en compacto grupo místico y se disgregaran en silenciosa teoría, en la atenuada luz de una melancolía que ya es dulzura por lo lejana frente a la amargura áspera de un gran dolor que es tristeza por lo reciente.

La muerte de este porteño bien nacido, ha traído de golpe a mi memoria todo un fondo de recuerdos y sensaciones, causando en mi espíritu, en medio de la dura realidad de hoy, absorbente y despiadada, la viva impresión de que una gran luz generosa y perenne se ha extinguido para siempre en nuestra América.

Pero, grato es decirlo, no se apagó esta luz ante la indiferencia. Ha sido llorado, diéronse cita para cerrar su tumba muchas



manos amigas, en cuya multitud había de todas edades y opiniones, sonó una voz sincera en el parlamento y se habló del grande y completo universitario con alto elogio en diversas universidades. La prensa le rindió también cumplido homenaje. El vacío producido por su brusca desaparición, ha de quedar largo tiempo en la memoria y en el afecto de los que lo conocieron. Así debe de ser. Debe de ser mucho más, porque fué una fuente de enseñanza y una sugestión de cultura y un hombre de bien. Por otra parte, la desaparición de una personalidad de tal raigambre, en nuestro medio tan carente de valores significativos que constituyan factores eficientes, tanto en las esferas intelectuales como morales, es difícil reponer y cabe considerarla como un duelo nacional.

Su nombre, su persona, su obra, siempre me inspiraron profundísimo respeto.

Lo conocí ya en la tarde de su existencia, hará alrededor de diez años, cuando se jubiló como presidente de la Cámara Federal de Apelaciones, cerrando su obra de magistrado después de enriquecer los anales de la jurisprudencia argentina con tan valioso aporte que su acumulación representaría un capital ilustrativo de primer orden. En su firme y sostenida labor de jurista, dijérase asomara entre línea y línea aquella opinión de Aristóteles, de que la justicia parece consistir más bien en la bondad que en la verdad.

Constituyó en la magistratura una garantía de justedad y ecuaníme criterio, y por su saber acreditado y la elevada ponderación de su conducta, merecieron sus dictámenes fama de incontestables.

Su vida burocrática la inició brillantemente, ocupando la Inspección General de Colegios Nacionales donde proyectó una obra de singular trascendencia: la organización de los establecimientos de segunda enseñanza ajustada a un plan lógico, pues se inspiraba en las modalidades del alma argentina, como lo atestiguan sus informes y memorias presentadas al Ministerio de Justicia e Instrucción Pública. No pudo llevar a término su acción. Entra luego en la magistratura como juez en lo civil, llegando a la más alta distinción en la que le toca poner término a sus tareas de funcionario público, recibiendo el homenaje más unánime que pueda aspirar quien administró justicia y retirándose con la conciencia tranquila de haber cumplido con su deber.

Trabajador infatigable a la vez que estudioso por temperamento, fué disciplina de toda su vida de magistrado, de catedrático, de escritor e investigador escrupuloso, llenar su tiempo con el trabajo más hondo y asiduo en sus múltiples y honrosas actividades, dando lo más jugoso de su fuerte mentalidad y lo más primordial de su conciencia. Pensador intenso y patriota desinteresado y de verdad, vió en la hora de su legítimo reposo el momento oportuno para pregonar nuevos ideales y defender ideas que consideró de urgente preocupación.

Su clara inteligencia, su espíritu sutil, su pensamiento ágil, permitiéronle explayarse por distintas épocas y abordar los más diversos temas, pues fué una de sus características, una de sus cualidades esenciales, la de presentarse siempre como escritor de cualidades, a pesar de su edad, sus gustos y de su dedicación de preferencia: el comento y estudio del pasado, especialmente del período colonial.

No se secuestró nunca al movimiento común, pero el contacto social no turbó mayormente su vida intensa de estudio y meditación. Pudo así apartarse discretamente del brillo pasajero de los saraos, del encuentro protocolar, de la sujeción académica y del mútuo comercio de las conveniencias, guardando celosamente su ánima solitaria y gozando los amables esparcimientos de sus papeles, sus viejos escritos y clásicos amados.

Era de esos hombres cuyo corazón no envejece jamás, capaces de apasionarse por todo lo que es noble, grande y generoso.

Fué antes y ahora una figura sumamente interesante de nuestro ambiente social, intelectual y universitario, de esos tipos orgullo de cualquier raza, fino, y caballeresco, que al tratarlo dejaba una impresión de bondad exquisita, de elevada educación, y cuya característica era la dulzura y delicadeza de espíritu con que se imponía amablemente desde el primer momento.

Grande era su prestigio por su actuación descollante en la abogacía, judicatura, en la enseñanza y las letras y también en el periodismo, lo que unido a las altas investiduras académicas dábanle un puesto prestigioso en el saber nacional.

Era un foco irradiante de simpatía. Por eso su imperio pudo ser ilimitado.

Espíritu de niño, alma de una suavidad y ternura exquisitas, no pudo la vida dejarle en su curso los sedimentos amargos de envidias y rencores. El veneno que llena la atmósfera que respiramos, tan imbuída de la vanidad proteiforme, de las ansias desenfronadas del lujo, de la desatentada ambición de obtener el primer puesto en la consecución de aquello que constituye la es-

túpida y pobre mentira de nuestro ambiente, la apariencia de la felicidad, no llegó a rozarle siquiera.

Se me ocurre al recordar su suave hablar, su cortesía caballeresca, su gran modestia exterior y aquella absoluta indiferencia por las puerilidades materiales, que todo respondía a su filosofía propia, al ver pasar a menudo la supuesta gloria de muchos en un poco de espuma arrastrada por la corriente o en un poco de humo levantado por el viento.

Vivió y murió perfecto caballero. Una línea recta fué su existencia, sus actos, su pensamiento. No tuvo enemigos literarios ni guardó resquemor alguno a los que lo atacaron injustamente en su labor intelectual, y esta su idiosincrasia guiólo en la bondad más grande, no teniendo por eso oportunidad de chocar ni siquiera involuntariamente con nadie.

Bien sabía él que los malos no son más que pobres víctimas, débiles a la adversidad, y en la mayoría de los casos así desventurados porque no han conocido el bien, como esas plantas agresivas que por falta de cuidados se niegan a florecer, ofreciendo únicamente su encono embravecido.

Tenía a su favor todos los recursos aprovechables: la fortuna material, el talento, la integridad de su criterio y la nobleza de sus procederés.

Su existencia fué más bien contemplativa que activa; no tuvo ocasión de sufrir los grandes desencantos que escarmentan a las almas mejor templadas, aunque sin duda fueron muchos sus desencantos. Jamás, estoy seguro, habría podido dar entrada en su alma a aquella pasión tan humana que se llama odio.

Era un observador profundo. Esto quiere decir que tendría del mundo una imagen poco halagüeña y que sería un convencido de la realidad de aquella mentira, tan necesaria, de que el hombre es bueno. Pero jamás tocaba estos puntos ni se detenía a hacer concepto cabal de ello.

Yo pertencí, pues, al círculo de sus amigos, no obstante nuestras diferencias de posición social, de edad y de entendimiento.

Amado Nervo aconsejaba que se diera la bolsa al necesitado que la pide, pero a nadie esa cosa inapreciable que se llama tiempo. Y el poeta de la bondad concluía con esta reflexión: Mi dinero es de todos, pero mi tiempo no.

Yo recibí del Dr. García mucho oro de su tiempo. Por eso fué mi aspiración de siempre brindarle cuanto pude del oro de mi amistad, en cuya aleación había fuerza de sinceridad y cariño.

Lo frecuenté en su casa, en donde parecía flotar un vaho de

virtudes antiguas y en donde se notaba la influencia reconfortante de una amada compañera y el amor respetuoso de los hijos. En ambientes tan sanos y levantados, no caben desconfianzas y tristezas, desfallecimientos y zozobras, pues nada es más alentador que el afecto íntimo de los seres queridos.

Fué sin estiramiento virtuoso y austero. Bien podría su vida ser citada como ejemplo, ahora en que más que nunca se ha infiltrado en nuestra sociedad relajación en su pensamiento y sentimientos y corrupción en sus costumbres.

Su inteligencia, al par que sus sentimientos, fueron cultivados y cimentados en ambiente de tradición, que favoreció a sus condiciones íntimas. Pudo por tanto adquirir ese arte raro y difícil de la delicadeza. Sin esta, todas las virtudes parecen incompletas, suelen permanecer ocultas y hasta se agotan, por ausencia de aquel soplo vivificador, que es casi el sentido de comprensión y lo más sutil del individuo.

Y que esa calidad le venía de lejos, él mismo nos lo dijo en la dedicatoria que puso al más inquietante de sus libros "Sobre nuestra incultura" (Del pasado y del presente. A través del odio), Buenos Aires, 1922: "No somos los hijos de nuestras madres, decía el poeta, somos... ellas. La muerte no quiebra ciertas relaciones especiales. Hay una comunión espiritual misteriosa, tenue; un vínculo que nos mantiene unidos por encima de las tumbas; una realidad interior que tiene el aspecto de las cosas ciertas. Así, cualquier virtud que pudieran tener estas páginas, si hay una línea que lleve un poco de emoción, algún concepto que impresione al lector, viene de esa buena fuente, que fué de una sensibilidad exquisita y de una inteligencia de admirable fineza".

Recuerdo la tarde en que hablamos largamente sobre esta dedicatoria, que encierra tanto amor y tanto respeto. No quisiera olvidarla jamás.

La lucha por la riqueza, ni siquiera para conservarla, la conquista de posiciones oficiales o políticas, el afán de ampliar su personalidad o llegar a las alturas — que para todo esto existen expedientes bien legítimos — no le preocuparon. Si este hombre hubiera sido pobre, seguro estoy que no se habría preocupado en torcer rumbos, de la misma manera que por humilde y sencillo huyó del exhibicionismo. Carecía de capacidad para la lucha, pero era un espíritu fuerte. Su bondad en todos sus actos era el nítido reflejo del fondo igualmente bondadoso de su alma. Y con su bondad se imponía.

La bondad no es únicamente un sentimiento; ella es también una ciencia difícil. Saber ser bueno es tan difícil como saber ser

justo. Hay caridades que ofenden, lastiman o afligen sino son oportunas y no están animadas por una generosidad y desinterés absolutos. No me refiero solo a las cosas materiales. Una palabra piadosa puede ser una piedra sino cuidamos el acento con que la pronunciamos y no la envolvemos en el temblor tibio de nuestro cariño. No cabe bondad sin humildad.

Yo no sé; pero en presencia de caracteres como este, se llega a creer que la modestia y la bondad pueden ser factores superiores a la audacia, a la soberbia, a la vanidad, al orgullo y que pueden por sí solas resultar airosas en las justas de los hombres.

Están frescos en la memoria de todos el prestigio y realce impreso por el Dr. García a sus actividades, debido únicamente a la gravitación natural de su espíritu cultísimo y al pujante esfuerzo de su inteligencia. Constituía una tan completa personalidad, fuertemente arraigada a firmes cimientos, que se explica su vida tan bien aprovechada y la realización feliz de lo que consideró su misión, cumpliéndola hasta el último momento de su existencia. Redujo su acción al fin deseado conquistando su felicidad, relativa, por cierto, siendo un apóstol de la cultura nacional y dejando tras sí la labor intelectual más definida y orgánica, complementaria de su acción en la universidad.

Vivía en la meditación y en el mundo del pensamiento, pero estaba al día de todos los progresos, de todas las agitaciones universales, como lo supo comunicar en sus comentarios escritos y hablados.

Si bien usaba de ironía en sus escritos, ésta carecía de maldad o de doble sentido malicioso. En sus últimas obras, donde analiza valientemente el espectáculo de la sociedad nueva, ridiculizando el "snobismo" de las clases directivas y la incultura de las clases populares, véase asomando el gran deseo de bien antes que el propósito de recalcar la debilidad anotada. Su pluma era aristocrática y desconocía intencionalmente la malicia psicológica, pero fué rotundo en su decir, poniendo en sus escritos ese elemento de plácida sugestión de verdad que concluye por seducir al lector. Expone sus íntimas ideas con intencionada sencillez, como en amigable conversación, pero sin tapujos, advirtiéndose el espíritu observador del autor, el psicólogo sagaz, el hombre de fina sensibilidad que no puede ocultar su amargura y su preocupación por ciertos giros tomados en los acontecimientos de la época y otras modalidades que no puede aceptar sin protesta. De estilo sobrio y contenido diáfano, no gustaba de la pincelada recia. Prefería extenderse al matiz antes que hacer una afirmación categórica, prefiriendo insinuar motivos que trabajaran en el campo mental, co-

mo una figura desdibujada que cobrara vida y movimiento por su propia irradiación.

Vivió desde la adolescencia en el mundo solitario de los libros. Los libros fueron su atracción más profunda y constante y en su fecunda y silenciosa sociedad se formó su espíritu y su carácter. La influencia de este enclaustramiento estudioso nótase en todos los órdenes de su actividad.

En su primera juventud fué a París. Allí tuvo maestros de la talla de Taine y de Renán y pudo profundizar bien el significado de la Sorbonne.

*Rara avis* en nuestro medio encontradizo y agitado, en el estremecimiento de la metrópoli, en el hervor de los afanes febriles, en que la existencia corre con la rapidez del rayo que llega con atraso, *rara avis* que vivió en la confusión de lo improvisado, en donde predomina el restallido y lo brusco, individualidad como esta tan completa y definida, que supo y pudo abstraerse y concentrarse noblemente para darse todo sin ruidos y brillos en un mundo distinto al que le tocó nacer, en un mundo que él se hizo, para la grave fruición de meditar y pensar, entregándose a la faena plácida del estudio y la enseñanza.

El se creó una época colonial amable y encantadora y en ella vivía. Por eso notábase en su estilo algo de legendario y brumoso, por eso pudo ser tan acabado y expresivo reconstructor de la colonia, en cuya sociedad supo penetrar — porque amó grandemente las cosas pretéritas — en sus más oscuros secretos, dándonos en ensayos, un tanto ajenos a los gustos académicos, la descripción reposada, como conviene al género de las interioridades, vericuetos y urdimbres de aquel mundo viejo, a pesar de su proximidad, y familiarizamos con sus fuerzas ocultas y simples a la vista de hoy, pero poderosas en la ciudad de entonces, pequeña y bullente entre mil prejuicios, pasiones e intereses, siguiendo en estas revisiones las escuelas y sistemas establecidos por los maestros del método histórico.

Y todo esto nos hacía vivir en plena época colonial contemplando desde nuestro mirador rodeado de árboles coposos, hasta donde llegaban apagados por la distancia y las sombras, las parlerías, murmuraciones y los movimientos de la pequeña ciudad.

En todo cuanto surgía de su pluma y de sus labios, así se refiriera a cosas del presente, podía percibirse ese amor por el pasado, trasunto de lo que en él era instinto y un propósito de metafísica.

Por el esplendor de la forma y la potencia de su pensamiento, infundía a cada palabra o cada frase el milagro de su plenitud

y sugestión. Sus comentarios eran como proyecciones de luz sobre el campo misterioso de las ideas, quedando por refracción en un vasto horizonte o en una alta cima.

Era un pensador que peregrinaba de continuo del presente al pasado, pero que no dejó de preocuparle el futuro. El porvenir llegó a obsesionarle y se dedicó apasionadamente al estudio de las características de la época actual.

En su labor periodística, que data de sus últimos años, en artículos enjundiosos, toca los más diversos temas: psicología política, vida de argentinos de significación, crónicas de costumbres contemporáneas, ensayos sobre las ideas sociológicas de Alberdi, sobre la sociedad argentina en el poema de Ascasubí o sobre la inteligencia argentina en el siglo XVIII. Ultimamente trató en forma digna de las mejores citas, sobre la sensibilidad en la época de Rosas.

Fué, necesario es repetirlo, un escritor hondo y delicado que con su inteligencia ha ennoblecido la condición del hombre de letras, haciendo de su enseñanza escrita y verbal un modelo de seriedad y distinción. Deja al morir una obra orgánica de hondo significado, producto de su disciplina intelectual cimentada en el esfuerzo diario, en la familiaridad con los clásicos de las grandes literaturas y animada toda por la fuerza simpática de su ternura y delicadeza.

En el año 1896 es nombrado profesor titular de Introducción al Derecho, quedando desde entonces vinculado a la Universidad Nacional de Buenos Aires, donde desarrolló una obra multiforme y profícua. En el Consejo Superior fué siempre una fuerza de moderación y concordia, la Facultad de Derecho, lo contó entre sus profesores más prestigiosos y en la Facultad de Filosofía y Letras, que contribuyó a fundar, desempeñaba la cátedra de Historia Argentina y era Presidente de la Academia. Largo sería enumerar los cargos ocupados, y la acción desplegada desde el libro, los anales y la revista, desde la cátedra, la conferencia de extensión universitaria y el discurso ocasional hasta la confección de la Historia de la Universidad en ocasión de su centenario. Fué profesor en la Universidad de La Plata, asumió cargos académicos y varias corporaciones lo contaron como miembro conspicuo, entre otras la Academia Española de la Historia y la Junta de Historia y Numismática.

Pero surge el recuerdo del catedrático sobre todos los rasgos profundos y brillantes de esta inteligencia.

No era orador, ni le preocupó serlo. Cuando tomaba un punto cualquiera sabía agotarlo, imprimía en el timbre de su voz un

gran amor por el asunto que peroraba, y en la modulación de la frase había tanta pureza y en su acción tanta sinceridad, que producía en el auditorio más desprevénido y rehacio la contagiosa convicción que a él le animaba. Y es que fué un universitario de verdad, dando lo más lozano de su talento y de su vida a la obra de formación espiritual que es, sino la única, la principal razón de ser de la universidad.

Como profesor de derecho, se ha dicho, que abrió nuevos horizontes a esta disciplina, contribuyendo a nacionalizarla y a explicar las formas jurídicas por fenómenos más profundos de la realidad social; y como profesor de historia, renovó el contenido de esta enseñanza, contribuyendo a ampliar el primitivo relato épico por el análisis de la vida civil.

Afirman sus contemporáneos en ocasión de su muerte, que desde que apareció en el aula como enseñante se adivinó de inmediato al honrado obrero, para quien nada existe que no comprometa su dignidad moral y no lo obligue a la tentativa del esfuerzo perseverante. Que de esta manera su cátedra de la universidad se impuso sin tardanza al interés de su público, en esa época en que la tribuna profesoral conservaba todavía el prestigio con que la revisieron los grandes maestros, que fueron a su vez los perfeccionadores de nuestras instituciones jurídicas y que no era confundible el catedrático joven que así se manifestaba con el pasajero fortuito de la enseñanza, pues se advertía en sus lecciones el propósito de no atenerse a la facilidad del camino trillado, sino el de ahondar con la investigación personal y con la comprobación documentada y costosa el aporte ordinario de su fruto. Que era el profesor que honraba con su talento y su probidad intelectual la cátedra, enalteciendo a sus discípulos con su propia labor.

Refieren también que su materia — Introducción al Derecho — se transformó en una especialización, y cuya seriedad se verifica con la lectura de sus libros sobre el tema, y que transformó poco a poco en un sólido curso de sociología argentina. Que su auditorio de estudiantes escucháballo con la comprensiva buena voluntad a que estimula la presencia del que se empeña en ver una misión en lo que otros encuentran la utilidad de un oficio. Que aún sin hallarse preparados en los conocimientos primordiales que demanda el aprovechamiento suficientes de tal clase, sus alumnos lo seguían con dócil inteligencia, honrando así su versación escrupulosa, su anhelo de rendir en la substancia espiritual y de orientarlos hacia conceptos renovadores en el análisis de la historia de la formación de la estructura política y social de la Nación

Pero no es por cierto la vida brillante y bien aprovechada del publicista y del estudioso, el fulgor lejano del autor de tanta página que gusté en mis años pasados, ni tampoco es la faz histórica del hombre lo que primero vino a mi memoria en ocasión de esta pérdida. Es la personalidad moral, tan interesante como anacrónica, es la del hombre bueno como no espero conocer otra existencia mejor en mi vida.

Yo le debo a este muerto ilustre mucho agradecimiento porque ensanchó mi emoción, me despertó a un mundo de impresiones que hubiera quedado sin manifestarse, y me prestó formas a lo que era impreciso y confuso en mi psiquis.

Le debo mucho más. Fué para mí "el tipo soñado, acariciado como una aspiración por la fantasía inquieta del adolescente" en esa época en que se reciben los primeros contrastes de la realidad y que tan hondo cavan. Lo cierto es que cuando conocemos almas así nos sentimos más adelantados en la lucha por la belleza, y más seguros del más allá, y más humildes ante el misterio, y más compasivos con los desgraciados y más bondadosos con el mal.

Dicen que la tristeza de la muerte, como la de toda partida, ennoblece y eleva a los espíritus fuertes. Alguien preguntaba cierta vez: puesto que no hemos de vernos sino breve tiempo ¿cómo no amarnos? ¿Cómo ser egoístas y ambiciosos y malos? ¡Qué fácil y qué difícil es contestarlo!

A veces me daba por quejarme ante él de algunas imbecibilidades de los hombres.

Me escuchaba sonriente, me miraba con gran atención y guardaba el más elocuente de los silencios. ¡Las cosas que me decía en silencio!

¿Por qué vendrán a mi memoria esos incidentes fútiles de la vida, ahora precisamente que menos debería recordarlos?

---

Su amistad producía al pronto una sensación agradable. Era como si un perfume viniera hacia nosotros escapado de un vaso invisible y sahumara la atmósfera y la vida a su alrededor.

Su conversación era siempre interesante e instructiva. No acostumbraba usar ademanes ni arranques de originalidad; y aunque fuera larga la charla no caía en la languidez de expresión u atonías. Jamás discutía; menos disputaba. No le ví chancearse con nadie y su familiaridad, a pesar de lo afable que era, tenía algo de dulce gravedad e imponía respeto.

Gustaba de la paradoja y en sus ojos había como una chispa de benévola malicia.

Y por sobre todas las cosas, fué un hombre bueno. Gustaba complacer con la misma fuerza con que otros gustan desagradar. Su bondad la ejercitaba sin ruido, sin demostraciones, sin afecciones de sensibilidad.

---

Ante su féretro se dijeron muy justos elogios: que fué caballero sin tacha, amigo generoso, amable camarada, grande maestro de la juventud estudiosa, infatigable publicista, delicado artista, patriota desinteresado, alma selecta.

La creencia cristiana, dicen, que no admite, como las religiones antiguas, la evocación de las sombras de los muertos, por que hay profanación en perturbar su sueño eterno. Y ha de ser cierto.

Todos tenemos en el fondo de la memoria un cristo muy puro y muy bello, a quien dirigimos las primeras plegarias cuando una pena nos hirió en la infancia. No pudimos mirarlo entonces por que la primera lágrima que conturbó el corazón había empañado nuestros ojos.

Yo querría ahora recordar alguna de aquellas plegarias. Pero no me pesa haberlas olvidado. Quizás fueran palabras, ropaje estrecho de mi sentir, y que llegaran hasta la divinidad sin la esencia necesaria, o que la acogieran con una indiferencia desconsoladora. Yo pienso en aquel cristo de mi infancia, que la misma vida me hizo olvidar, y elevo mi pensamiento al infinito.

A. ZAMBONINI LEGUIZAMÓN

Julio de 1923.

---